

había otros que hablaran de él, con razón no decía El todavía grandes cosas de sí mismo. De suerte que no era, dice, por mi ignorancia el no decir lo que convendría, sino por debilidad de los oyentes. Y esta es la razón por la cual, después de decir: *Os conducirá a toda verdad*, añadió: *No hablará de sí mismo*. Porque, en efecto, que el Espíritu Santo no necesite de enseñanza, oye cómo lo dice San Pablo: *Así también las cosas de Dios nadie las sabe sino el Espíritu Santo de Dios* (1 Cor., II, 11). Así, pues, como el espíritu del hombre sin aprender de otro sabe (sus cosas), así también al Espíritu Santo *tomará de lo mío*, esto es, dirá lo que esté en consonancia con lo mío. 15. *Todas las cosas que tiene el Padre, mías son*. Y como son mías, y El hablará de lo del Padre, hablará también de lo mío ²².

IV

Pero ¿por qué no vino (el Espíritu Santo), antes de que el se fuera?— Porque no había de venir, cuando aún no se había quitado la maldición ni destruido el pecado, cuando todavía eran todos reos acreedores al suplico. Así, pues, conviene, dice que se destruya la enemistad y os reconciliéis con Dios, y entonces recibáis aquel don. Y ¿por qué dice: *Le enviaré?* (v. 7).— Es como decir, os prepararé para que le recibáis: pues ¿cómo puede ser enviado el que está en todas partes? Y además, hacer ver así la distinción de las Personas. Por ambas razones habla así. Y ya que ellos estaban inseparablemente unidos, los persuade a estar adheridos al Espíritu Santo y rendirle adoración. Bien podía el obrar estos efectos por sí mismo; pero deja que los haga el Espíritu Santo para que entiendan su dignidad. Porque así como el Padre pudo producir todo lo que existe, pero lo hace el Hijo, para que entendamos su poder, así también el Espíritu Santo (hace lo mismo respecto del Hijo). Por eso encarnó El, dejando la ejecución al Espíritu Santo, cerrando así las bocas de los que habían de abusar para su impiedad de aquella obra de benignidad inefable. Porque si dijeren que la causa de encarnar el Hijo fue por ser inferior al Padre, les responderemos: Y ¿qué diréis del Espíritu Santo? Pues no tomó carne, y no por eso le llamaréis mayor que el Hijo, ni tampoco al Hijo inferior a El. Por eso en el bautismo se nombra la Trinidad: porque bien puede también el Padre obrarlo todo, y lo mismo el Hijo, y también el Espíritu Santo; pero como del Padre nadie duda, y sólo

se podría dudar del Hijo y del Espíritu Santo, se nombra la Trinidad en la iniciación bautismal, para que por la donación común (hecha por las tres Personas) de aquellos inefables beneficios, entendamos la unidad de su dignidad. Porque que el Hijo puede hacer por sí mismo lo que en el bautismo hace con el Padre, y lo mismo el Espíritu Santo, óyelo expresamente. A los judíos decía: *Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra para perdonar pecados* (Marc., II, 10); y además *para que seáis hijos de la luz* (creed en la luz): y también: *Yo les doy vida eterna*. Y todavía después de esto: (Yo he venido) *para que tengan vida, y la tengan más abundantemente* (Joan., XII, 36; X, 28, 10). Veamos ahora cómo también el Espíritu Santo hace lo mismo. *A cada uno*, dice (la Escritura), *es dada la manifestación del Espíritu* (por sus dones admirables) *para utilidad* (1 Cor., XII, 7).ç Ahora bien, quien esto da, mucho más dará el perdón de los pecados. Y en otra parte: *El Espíritu es el que vivifica* (Joan., VI, 64); y además: *Vivificará por el Espíritu Santo que habita en vosotros* (Rom., VIII, 11); y además: *El espíritu es vida por la justicia* (Ib., v. 10); y de nuevo: *Y si sois guiados por el Espíritu, no estáis debajo de la ley* (Gal., V, 18). *Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino el Espíritu de adopción de hijos* (Rom., VIII, 15). Y todos los milagros que entonces obraban, los obraban por el Espíritu Santo que había venido a ellos. Y escribiendo a los corintios, decía San Pablo: *Pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados en el nombre del Señor nuestro Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios* (1 Cor., VI, 11). Ya que habían oído muchas cosas acerca del Padre, y habían visto al Hijo haciendo muchos prodigios, pero del Espíritu no tenían aún conocimiento claro; hace milagros e introduce así el conocimiento perfecto de sí mismo. Pero a fin de que no fuera por eso tenido por mayor, según antes he dicho, por este motivo dice: *Cuanto oyere, eso hablará y anunciará las cosas por venir*. Que si no fuera esta la razón, ¿no sería absurdo decir que lo había de oír entonces, y eso por causa de los discípulos? Pues aun entonces, según vosotros, no lo había de saber sino por causa de los que lo habían de oír. Y ¿qué puede haber más impío que tal modo de hablar? Por otra parte, ¿qué había de oír? ¿No había El anunciado todas estas cosas por los Profetas? Porque bien se trataba de la abrogación de la ley (de Moisés) bien de Cristo, de su divinidad, de su encarnación, todo estaba dicho. En efecto: ¿qué podía decir después con más claridad?

Y anunciará las cosas por venir. Aquí sobre todo manifiesta su dignidad, porque es cosa muy especialmente peculiar de Dios el decir lo venidero. Y si esto lo aprendiera de otros, no se aventajaría en ello a los Profetas; pero aquí hace ver el conocimiento exactísimo propio de Dios, porque es imposible que diga otra cosa (sino lo que oye del Hijo). Y las palabras *De lo mío tomará* significan, o bien de la gracia que vino a mi carne (=de la divinidad), o bien de la ciencia que yo tengo, no como quien tiene necesidad y aprende de otro, sino por ser en ambos una misma. Y ¿por qué habló así y no de otro modo? Porque aun no tenían conocimiento del Espíritu Santo. Y así una sola cosa pretende, que crean en El y le reciban y no se escandalicen. Pues como les había dicho: *Uno es vuestro Maestro, Cristo* (Matth., XXIII, 8), para que no juzgaran que desobedecían a Cristo, si creían en el Espíritu Santo, les dice: Una misma es mi doctrina y la suya: de lo que Yo habría de enseñar, de eso mismo hablará también El. No creáis pues, que son distintas las cosas de El: porque también ellas más son, y celebran mi gloria. Pues una misma es la voluntad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

V

Así quiere también que seamos nosotros, cuando dice: *Para que sean uno, como Yo y Tú somos uno* (Joann., XVII, 11). Nada hay como la concordia y consonancia de unos con otros: porque así uno vale por muchos. Si están concordes dos o diez, ya cada uno no es uno, sino que se duplica, y hallarás en los diez uno solo, y en uno solo los diez. Si tienen un enemigo, queda vencido como quien acomete no a uno, sin a diez: pues se ve impugnado, no por una sino por diez bocas. ¿Tiene uno de ellos necesidad?— No se verá en indigencia, pues abunda por la parte mayor, que son los nueve; y la parte necesitada queda cubierta, por ser la menor, con la abundancia de la mayor. Cada uno de ellos tiene veinte manos, y veinte ojos, y veinte pies: pues no ve sólo con sus propios ojos, ni sólo anda con sus propios pies, ni sólo trabaja con sus propias manos, sino también con los ojos y pies y manos de los demás. Tiene diez almas: pues no cuida el solo de sí mismo, sino también los demás. Y lo mismo sucediera si fueran ciento, y se multiplicaría la fuerza.

¿Ves la soberana excelencia de la caridad y cómo a uno solo le hace inexpugnable y múltiple? ¿cómo uno puede estar a la vez en

muchas partes, uno mismo en Persia y en Roma? ¿cómo puede la caridad lo que no puede la naturaleza? Parte del hombre está aquí, y parte allí: o mejor, todo entero aquí y todo entero allí. Pues ya, si tuviere mil o dos mil amigos, considera adonde llegará su fuerza. ¿Ves qué virtud de aumento tiene la caridad? Porque verdaderamente es admirable que uno se multiplique en mil. ¿Por qué, pues, no adquirimos esta fuerza, y nos ponemos en seguridad? Mejor es esto que todo poder y toda riqueza; mejor que la salud; mejor que la misma luz: es fundamento de alegría. ¿Hasta cuándo hemos de limitar el amor a uno o a dos? Entiende lo que digo aun por lo contrario. Sea uno que no tenga ningún amigo —lo cual es extrema locura, según aquello de: El tonto dirá: no tengo amigos,— este tal, ¿qué vida vivirá? Aunque sea rico por demás, aunque tenga opulencia y delicias, aunque posea bienes sin cuento, se halla desprovisto de todo y desnudo. Pero si hay amigos, ya no es así, antes, aunque sean pobres, son más opulentos que los ricos: y lo que uno no se atreve a decir en su defensa, se lo dirá el amigo: y una cosa que no puede uno procurarse a sí mismo, la podrá por otro, y aún muchas más, y, en fin, esta será para nosotros causa de todo placer y seguridad. Pues no puede recibir daño quien es guardado por tantos colaterales. Ni tiene el emperador tan diligentes guardias como lo son los amigos. Pues aquellos le custodian por necesidad y temor, y éstos lo hacen de grado y con amor: y el amor es con mucho más fuerte que el temor. El emperador teme a sus propios guardas, y el amigo confía en los suyos más que en sí mismos, y por ellos no teme a ninguno de los acechadores.

Negociémonos, pues, esta mercancía: el pobre, para tener consuelo en su pobreza; el rico, para tener su riqueza en seguridad; el que manda, para mandar con confianza, el que obedece, para tener benévolo a los que mandan. Ella es ocasión de benevolencia, ella es causa de la mansedumbre. Como que aun en las fieras las más rebeldes e indomables son las que no se congregan. Para estar unos con otros edificamos ciudades y tenemos plaza. Y a la misma unión exhortaba San Pablo: *No dejando nuestra congregación* (Hebr., X, 25). No hay mal como la soledad, y el ser insociable e inaccesible.

Entonces, dirás, ¿qué decir de los monjes y de los que habitan en las cumbres de las montañas?— Tampoco ellos están sin amigos; sino que huyeron del tumulto de la calle, y tienen muchos compañeros unánimes y fuertemente enlazados entre sí; y para este fin se retiraron. Porque como la contienda en los negocios crea muchas disensiones,

por eso, salidos del bullicio, cultivan la caridad con mucha diligencia.— Pero , y si uno está solo, ¿también ése tendrá innumerables amigos?— Yo por mi quisiera, a ser posible, que se traten unos con otros; pero en tanto, si así no es, quede firme la amistad: porque no es el lugar el que hace los amigos. El hecho es que tienen muchos que lo alaban: y no los alabarían si no los amaran. Ellos, en cambio, ruegan por todo el mundo, que es el mayor testimonio de amistad.— Por la misma causa nos abrazamos también en los misterios (en la celebración del Santo Sacrificio), para que muchos seamos uno: y hacemos también oración en común por los no iniciados, rezando letanías por los enfermos, por los frutos de todo el mundo, por la tierra y por el mar. ¿Ves toda la fuerza de la caridad, en las oraciones, en los misterios, en las exhortaciones? esta es la causa de todos los bienes. Si con diligencia nos estrechamos con ella, administraremos bien las cosas presentes y lograremos el reino, que ojalá todos alcancemos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXXXVI

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. XX, v. 10. Y volvieron otra vez los discípulos a su casa. 11. Pero María estaba fuera, llorando junto al sepulcro; y estando así llorando, se abajó y miró hacia el sepulcro. Y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, el uno a la cabecera y el otro a los pies, en donde había sido puesto el cuerpo de Jesús.

13. Y le dicen ellos: "Mujer, ¿por qué lloras?" Díceles: "Porque han llevado a mi Señor y no se donde le han puesto".

14. Y cuando esto hubo dicho, se volvió a mirar atrás, y vio a Jesús que estaba en pie: mas no sabía que era Jesús.

15. Dícele Jesús: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?" Ella, creyendo que es el hortelano, le dice: "Señor, si tú lo has llevado, dime en dónde lo has puesto y yo lo llevaré".

16. Jesús le dice: "María". Vuelta ella le dice: "Rabboni" (que quiere decir Maestro).

17. Dícele Jesús: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre. Mas ve a mis hermanos y díles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios".

18. Y fue María Magdalena a dar las nuevas a los discípulos: "He visto al Señor y esto me ha dicho".

19. Y siendo la tarde de aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús y se puso en medio y les dijo: "Paz a vosotros". 20. Y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos y el costado. Y se gozaron los discípulos viendo al Señor.

21. Y otra vez les dijo: "Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así Yo también os envío".

22. Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo. 23. A los que perdonareis los pecados, perdonados les son; y a los que se los retuviereis, le son retenidos".

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Expone los vv. 10-13.

II. Expone los vv. 14-17.

III. Jesucristo resucitado exige de María Magdalena mayor reverencia que antes de la resurrección.

IV. Expone el v. 18. Aparécese el Señor a los discípulos (v. 19).

V. Alegría de los discípulos. Jesucristo les da la paz como fruto de su pasión (v. 21). Luego les confiere el Espíritu Santo en orden a perdonar pecados. Las tres divinas Personas son iguales en dignidad.

VI. Recomendación a los sacerdotes, por su facultad de perdonar pecados, por la responsabilidad de su cargo, por la persona de Cristo, a quien representan, por ser elegidos de Dios para este oficio; aun suponiendo que sean indignos de él, deben ser respetados.

Cap. XX, v. 10. *Y volvieron otra vez los discípulos a su casa. 11. Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro.*

Compasiva es e inclinada a misericordia la naturaleza de la mujer. Dígolo, para que no te admires de que María llorase acerbamente en el sepulcro, y Pedro no hiciese lo mismo. *Los discípulos*, dice (el Evangelista) *volvieron otra vez a sus casas, pero María permanecía llorando*. Porque tenía naturaleza sensible, y no conocía con claridad todavía la resurrección; mientras que ellos al ver los lienzos creyeron, y se fueron a sus casas llenos de estupor.

Y ¿por qué no fueron en seguida a Galilea, como se les había mandado antes de la pasión? Quizás esperaban a los otros; y sobre todo, que estaban todavía en lo más vivo y reciente de su asombro. Es, pues, el hecho que ellos se fueron, y ella se quedó en el mismo lugar. Porque, como antes dije, mucho la consolaba aun la vista del sepulcro. ¿Ves cómo ella, para saciarse más, se inclina, y quiere mirar el sitio donde había estado el cuerpo? Esto fue causa de que recibiera un premio nada ordinario por su mucha diligencia. Ella, en efecto, fue la primera en ver lo que los discípulos no vieron, los ángeles que estaban sentados uno a los pies, otro a la cabecera, vestidos de blanco y con todo el aspecto lleno de resplandor y de alegría. Pues como la mujer no tenía (entonces) el alma suficientemente elevada para poder deducir la resurrección de la vista de los sudarios, se le concede algo más, y ve a los ángeles sentados con resplandecientes vestiduras, de suerte que se recobrara entretanto de su dolor y se consolara con este medio. Pero nada le dicen de la resurrección, sino que suavemente se la va llevando a este dogma. Vio aquellos rostros alegres, superiores a lo ordinario; vio la vestidura resplandeciente; oyó la voz compasiva.

¿Y qué le dijo? *Mujer, ¿por qué lloras?* Por todas estas cosas, como que se le abría la puerta, y poco a poco se la conducía a pensar en la resurrección. Aun el mismo modo como estaban ellos sentados la inducía a preguntar: porque aparecían sabedores de lo ocurrido. Por lo cual no estaban sentados juntos, sino separados el uno del otro. Porque como no era probable que ella se atreviera sin más a preguntárselo, con la pregunta que la hacen y con la manera de estar sentados la invitan a hablar. ¿Y qué dice ella? Con ardor y amor a un tiempo: *Han llevado a mi Señor*, dice, *y no se dónde le han puesto*. ¿Qué dices? ¿Todavía no sabes nada de la resurrección; antes le ima-

ginas depositado? ¿Veis cómo todavía no había pensado en el sublime dogma.

II

14. *Y esto dicho, volvióse a mirar atrás.*— ¿Qué conexión hay aquí, en que hablando con ellos, y sin oír de ellos nada, se volviera atrás? Paréceme a mí que, mientras ella así decía, de súbito se apareció Jesucristo por su espalda y llenó de estupor a los ángeles, los cuales al punto al ver a su Señor, en su porte, en su mirada y en su actitud dieron muestras de que le veían, y esto hizo a la mujer volverse y mirar a su espalda. De este modo (con esta majestad) se manifestó a los ángeles; mas no así a la mujer, para no atemorizarla con su primera vista, sino en hábito más ordinario y común. Lo cual es manifiesto, porque le tuvo por hortelano. Y era que a la que aun sentía tan bajamente no convenía llevarla de repente a lo alto, sino con suavidad. Pregúntala, pues a su vez: *Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas?* Así dio a entender que sabía lo que ella quería preguntarle, y la indujo a responder. Y entendiéndolo así ella, no dijo el nombre de Jesús, sino que hablando como si él estuviera al cabo de lo que le preguntaba, dice: *Si tú lo has llevado, dime en dónde lo has puesto, y yo lo llevaré.* Otra vez usa los términos *depositar* y *levantar* y *llevar*, como quien habla de un muerto. Lo que quiere decir es: Si por miedo de los judíos le llevasteis de aquí, decídmelo y yo lo cogeré. Grande era la benevolencia y amor de aquella mujer; pero todavía no hay en ella ninguna idea levantada. Por eso se le pone ya delante, no por el aspecto, sino por la voz. Así como a los judíos unas veces se les daba a conocer, otras se les ocultaba aun estando presente; así también ahora, cuando quiso, se manifestó así mismo por la voz. Cuando a los judíos dijo: *¿A quién buscáis?* no le reconocieron ni por el aspecto ni por la voz, mientras El quiso; lo mismo sucedió aquí. Y solamente la llamó por su nombre, echándola en cara y reconviniéndola porque tales cosas imaginaba de quien estaba vivo. ¿Y cómo *habla*., *volviéndose atrás*, si El estaba ya hablando con ella? Paréceme a mí que ella, después de decir *dónde le has puesto*, se volvería a los ángeles como para preguntarles de qué estaban asombrados; y que a continuación Cristo, llamándola, la volvió a sí apartándola de ellos, y se le descubrió por medio de la voz. Porque cuando la llamó “*María*”, entonces

fue cuando le reconoció. Por donde es manifiesto que el reconocimiento se debió no al aspecto, sino a la voz. Y si algunos dijeran: ¿Por dónde consta que los ángeles se llenaron de estupor, y que esta fue la causa de que se volviera la mujer? también aquí dirán: ¿Y de dónde consta que le tocó y se derribó a sus pies? Pues bien; como esto último consta porque El la dijo: *No me toques (no estés asida)*, así lo primero consta porque se dice que se volvió.

III

¿Y por qué razón dijo: *No me toques*? Dicen algunos que pedía la gracia del Espíritu Santo, por haberle oído decir a los discípulos: *Si patiere para mi Padre, le rogaré, y os dará otro Consolador* (Joann., XIV, 3, 16). ¿Pero cómo pudo oír tal cosa la que no estaba con los discípulos? Fuera de que semejante imaginación estaba muy lejos de aquella alma. ¿Y cómo se lo pide, cuando aun no había ido al Padre? ¿Qué hay, pues con ello? ²³. Lo que a mí me parece es que ella quería estar con El como en otro tiempo, y que en fuerza de la alegría, aun no pensaba de El cosa grande (la resurrección), por más que le veía tan mejorado en cuanto al cuerpo. Así fue que, apartándola de tal modo de pensar y de la demasiada confianza con que le hablaba (pues ni con los discípulos aparece conversando de aquel modo), levanta su pensamiento para que le atendiese con mayor reverencia. Ahora bien, el decir: *No le acerques a mí, como de antes*, porque no estoy en las mismas condiciones, ni he de estar con vosotros lo mismo que solía, hubiera sabido a fausto y arrogancia; pero el decir *Aun no he subido a mi Padre*, manifestaba lo mismo sin aspereza. Porque diciendo: *Aun no he subido*, da a entender que allá tiende y se apresura; y a uno que iba a ir allá y no conversar más con los hombres, no era razón mirarle con la misma disposición de ánimo que antes.

Y que esto es así, se manifiesta por lo que sigue: *Ve y di a mis hermanos: Voy a mi Padre y vuestro Padre, y a mi Dios y vuestro Dios*. Ahora bien, esto no lo había de hacer inmediatamente, sino después de cuarenta días; ¿cómo, pues, dice estas palabras? Porque quería elevar su mente, y persuadirla que se iba a los cielos.

Las palabras *mi Padre y vuestro Padre, y mi Dios y vuestro Dios*, pertenecen a la encarnación (a Jesucristo en cuanto hombre), así como también el *subir* es propio del cuerpo. Porque dirigía estas palabras a la que todavía no imaginaba nada grande.

¿Luego de una manera es Padre de El, y de otra manera lo es nuestro? Claro es que sí. Porque si de diverso modo es dios de los justos y Dios de los demás hombres, con más razón lo será del Hijo y de nosotros. Y era que, como había dicho: *Di a mí s hermanos*, para que no se imaginaran ser iguales a El, da a entender la diferencia. Puesto que El había de sentarse sobre el trono de su Padre, y ellos asistirle. De suerte que aunque, según la naturaleza corporal; se hizo hermano nuestro, pero sin embargo en cuanto a la dignidad se diferenciaba mucho, y no es posible decir cuánto.

IV

Así, pues, ella se fue a anunciar esto a los discípulos (Joan., XX, 18). Tan grande bien es la asiduidad y perseverancia. Y ellos, ¿cómo se entristecieron de que había de irse (Cristo), si hablaron como antes lo habían hecho? Era que antes se apenaba como de quien había de morir; pero ahora, resucitado ya, ¿por qué se habían de entristecer?

Ella les contó la visión y las palabras, las cuales eran muy suficientes para consolarlos. Pero como era natural que los discípulos, al oír esto, o bien no dieran crédito a la mujer, o si se lo daban, sintieran que no los hubiera tenido a ellos dignos de la visión, a pesar de haberles anunciado que se les aparecería en Galilea; para que no estuvieran revolviendo esta idea y lo llevaran a mal, (Jesucristo) no dejó pasar ni un día, sino que después de haberles excitado el deseo, ya porque sabían que había resucitado, ya porque se lo oyeron a la mujer, cuando estaban sedientos de verle y muy temerosos (circunstancia que todavía aumentaba mucho el deseo), entonces, atardecido ya, se les presentó delante con modo maravilloso.

Y ¿por qué se les apareció, atardecido ya? Porque entonces era natural que estuvieran más llenos de miedo. Pero, y esto es admirable, ¿cómo no le tuvieron por fantasma, ya que entró cerradas las puertas y de repente? Mucho contribuyó que la mujer de antemano les infundió mucha fe; pero sobre todo que El les mostró su rostro sereno y apacible. Durante el día no se les presentó, para que todos estuvieran reunidos, pues era mucho su estupor. Porque ni siquiera tocó la puerta, sino que de improviso se presentó en medio, y les mostró el costado y las manos. Y al mismo tiempo con su voz calmó las oleadas de sus pensamientos, diciendo: *Paz a vosotros*; esto es: No os turbéis; y

recordándoles así la palabra que les había dicho antes de la cruz: *Mi paz os doy*, y de nuevo: *Tened paz en Mí, que en el mundo tenéis tribulación*.

V

20. *Y se regocijaron los discípulos viendo al Señor*. ¿Ves cómo sus palabras se cumplen en la obra? Lo que antes de la cruz les dijo: *De nuevo os veré, y se regocijará vuestro corazón, y vuestro regocijo nadie os le quitará* (Joann., XVI, 22), ahora lo llevo a cumplimiento. Y todas estas cosas los indujeron a una fe certísima. Porque como tenían una guerra sin treguas con los judíos, continuamente les repite: *Paz a vosotros*, dándoles el consuelo como contrapeso de la guerra.

Y esta fue la primera palabra que dijo después de la resurrección (por lo cual también San Pablo continuamente dice: *Gracia y paz sea con vosotros*); y a las mujeres les anuncia alegría, porque la naturaleza de ellas vivía en dolor, y esta fue la primera *alegría*²⁴ que recibió. Oportunamente, pues a los hombres, por la guerra, les anuncia paz; y a las mujeres, por la tristeza, alegría.

Desvanecido así todo objeto de tristeza, añade los efectos de la cruz; y éstos eran la paz.

Ya, pues, que había removido todos los obstáculos, y logrado espléndida victoria, y llevándolo todo a su justo cumplimiento, continúa después: 21. *Como me envió el Padre, así Yo también os envío*. “Ninguna dificultad tendréis, ya por lo que se ha llevado a cabo, ya por la dignidad de mi persona que os envía: Aquí levanta sus ánimos, y les hace ver cuán creíbles son sus palabras, si quieren encargarse de su obra. Y ya no ruega al Padre, sino que con autoridad les da su poder. Porque: 22. *Sopló sobre ellos, y dijo: Recibid el Espíritu Santo*. 23. *A los que perdonareis los pecados, perdonados les son, y a los que se los retubiereis, les son retenidos*. Así como un emperador enviando sus príncipes les da potestad de echar en la cárcel y librar de ella, así también El, al enviarlos, los pertrecha con esta autoridad.

¿Cómo es, pues, que dijo: *Si yo no me fuere, El (el Espíritu Santo) no vendrá*, y ahora da el Espíritu Santo? Dicen aquí algunos que no dio el Espíritu Santo, sino que, soplando, los hizo aptos para recibirle. Porque si Daniel, al ver a un ángel, perdió los sentidos (Dan., VIII, 17), ¿qué no les hubiera sucedido a ellos al recibir aquella gracia

inefable, si no los hubiera primero preparado como discípulos? Por eso, dicen ellos, no dijo *Habéis recibido el Espíritu Santo*, sino *Recibid el Espíritu Santo*. Acaso no irá descaminado quien diga que entonces recibieron ellos cierta potestad y gracia propia del Espíritu Santo; pero no para resucitar muertos y hacer milagros, sino para perdonar pecados; porque son diferentes los carismas del Espíritu Santo. Por eso añadió: *A los que perdonareis, perdonados les son*, dando a entender qué clase de virtud les comunicaba. Y allí mismo, después de cuarenta días, recibieron la virtud de hacer milagros; por lo cual dice: *Recibiréis la potestad del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén y en toda la Judea* (Act., I, 8); y eran testigos por medio de los milagros. Porque inefable es la gracia del Espíritu Santo, y múltiples sus dones. Todo esto tiene lugar, para que veas que es uno mismo el don y la potestad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Cómo es, pues, que dice (la Escritura) que nadie viene al Hijo, *si el Padre no le lleva?* (Joann., VI, 44). Pero también esto se prueba ser asimismo propio del Hijo. Porque *Yo*, dice, *soy el camino; nadie viene al Padre sino por Mí* (Ibid., XIV, 16). Ve ahora cómo es también propio del Espíritu Santo: *Nadie*, dice, *puede decir Señor Jesucristo, si no es en el Espíritu Santo* (1 Cor., XII, 3). Y a su vez de los Apóstoles se dice unas veces que fueron dados a la Iglesia por el Padre, otras por el Hijo, otras por el Espíritu Santo, y vemos que las divisiones de las gracias son del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

VI

Hagamos, pues, todo lo posible para tener en nosotros al Espíritu Santo, y reverenciemos con todo honor a aquellos a quienes se ha encomendado su virtud. Grande es, en efecto, la dignidad de los sacerdotes. *a los que perdonareis*, dice *perdonados les son lo pecados*. Por esta razón decía también San Pablo: *Obedece a vuestros prepósitos, y estadles sumisos* (Hebr., XIII, 17), y tenedles sobremañera estimación. Porque tú cuida de tus cosas, y si ellas van bien, no tienes que dar razón de los otros; pero el sacerdote, aunque ordene bien su propia vida, si no cuida también de la tuya y de todos los demás que están a su cargo, se va al infierno con los malvados; y muchas veces, aunque no le pierdan sus pecados propios, le pierden

los vuestros, si no cumple bien todo lo que le tocaba hacer. Sabiendo, pues, la grandeza de su peligro, mostradles mucho afecto: como lo dio a entender San Pablo, al decir: *Ellos velan por vuestras almas*, y no comoquiera sino *como quienes han de dar cuenta de ellas* (Hebr., XIII, 17). Por lo cual justo es que gocen de grande estimación. Y si los insultáis, como a los demás, también vosotros; tampoco vuestras cosas andarán bien ordenadas. Que mientras el piloto va con buen ánimo, andará bien lo que toca a los marineros; pero si, por insultarlos éstos y estar con él desavenidos, se apoca y amilana, no podrá estar alerta, ni ejercitar bien su oficio, y aun sin quererlo, los lanzará a males sin número. Pues lo mismo el sacerdote, si goza de vuestra estimación, podrá enderezar perfectamente también vuestras cosas; pero si les causáis desaliento, perderán sus manos el vigor y los expondréis a ser con vosotros víctimas de las olas, por más que sean de ánimo muy esforzado.

Considera lo que dice Cristo de los judíos: *Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos. Haced, pues, todo cuanto os dijeren que hagáis* (Matth., XXIII, 2, 3). Pues ahora no se ha de decir ya: “Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los sacerdotes”, sino “sobre la cátedra de Cristo”. Puesto que su doctrina es la que ellos recibieron. Por lo cual dice también San Pablo: *En nombre de Cristo somos embajadores, como que Dios os exhorta por nosotros* (2 Cor., V, 20).

¿Y no veis cómo a los príncipes temporales todos les están sumisos, por más que muchas veces (los súbditos) se aventajen por su linaje, vida y prudencia a los que los mandan? Y, sin embargo, en atención a quien les dio el poder, a nada de esto miran, sino que respetan la voluntad del emperador, sea quien sea el que recibe la autoridad. Ahora bien, tanto temor cuando elige un hombre; y cuando Dios elige, ¿hemos de despreciar al elegido, injuriarle, cargarle de mil oprobios, y mandándonos no juzgar a nuestros hermanos, afilamos la lengua contra los sacerdotes? ¿Qué defensa merece tal conducta, ya que, no viendo la viga que llevamos en nuestros ojos, examinamos con acrimonia la pajita del prójimo? ¿No sabes que cuando así juzgas te preparas un juicio más terrible contra ti? Y no digo esto para defender a los que indignamente administran el sacerdocio: antes grandemente los compadezco y los lloro; pero no por eso concedo que sea justo ser juzgado por los súbditos, y menos aún por los más simples e ignorantes. Pues aun suponiendo que la vida de aquellos sea la más indigna,

tú, con tal que atiendas al sacerdote, ningún año recibirás con respecto a aquello que Dios le encomendó. Que si El hizo que hablara una asna, y concedió por medio del adivino bendiciones espirituales, obrando en la boca de un irracional y en la lengua impura de Balalam, en favor de los judíos que le habían ofendido, ¿cuánto más lo llevará todo a efecto en favor de vosotros los buenos, por perversos que sean los sacerdotes y enviará el Espíritu Santo? Porque no es el alma pura la que por su propia pureza le atrae; sino que todo ello es obra de la gracia, *Todas las cosas son por vosotros*, dice (el Apóstol), *bien sea Pablo, bien Apolo, bien Cefas* (1 Cor., III, 22). Lo encomendado al sacerdote, a Dios sólo pertenece darlo, y por mucho que avance la virtud humana, siempre será menor que aquella gracia. Esto lo digo, no para que llevemos la vida perezosamente, sino para que no suceda, que si son perezosos algunos de los que os rigen, vayáis por eso vosotros los súbditos a acarrearos males.— ¿Qué digo de los sacerdotes? Ni un ángel ni un arcángel puede nada en los dones de Dios, sino que sólo los administran todos el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo: el sacerdote sólo pone a contribución su lengua y ofrece su mano. Pues no era justo que los que se reuniesen en la fe, recibieran daño por la maldad de otro en lo tocante a los símbolos (o sacramentos) de nuestra salud.

Sabiendo, pues, toda esta doctrina, temamos a Dios, y tengamos estima de sus sacerdotes, mostrándoles todo honor, a fin de que, tanto por nuestras propias buenas obras como por el obsequio a ellos exhibido, recibamos de Dios grande recompensa, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, gloria, potestad y honor ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXXXVII

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. XX, v. 24. *Pero Tomás, uno de los doce, llamado Didimo, no estaba con ellos, cuando vino Jesús. 25. Decíanle, pues, los otros discípulos: "Hemos visto al Señor". Mas él les dijo: "Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré".*

26. *Y al cabo de ocho días estaban otras vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos. Llega Jesús, cerradas las puertas, y púsose en medio y dijo: "Paz a vosotros". 27. Enseguida dice a Tomás: "Trae acá tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel". 28. Respondió Tomás y le dijo: "¡Señor mío y Dios mío!" 29. Dícele Jesús: "Porque me has visto, Tomás, ha creído. ¡Bienaventurados los que no vieron y creyeron!"*

30. *Otros muchos milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. 31. Mas éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.*

Cap. XXI, v. 1. *Después de esto se mostró Jesús a sus discípulos en el mar de Tiberíades. Y se mostró así:*

2. *Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, el llamado Dídimo, y Natanael, el de Caná de Galilea, y los hijos del Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. 3. Díceles Simón Pedro: "Voy a pescar". Le dicen: "Vamos también nosotros contigo". Y salieron y subieron al barco, y en aquella noche no cogieron nada. 4. Y llegada ya la mañana, se puso Jesús a la ribera; mas no conocieron los discípulos que era Jesús. 5. Y Jesús dijo: "Hijos, ¿tenéis algo de comer". Respondiéronle: "No". 6. Les dice: "Echad la red a la derecha del barco, y hallaréis". Echarónla, pues, y ya no la podían arrastrar por la multitud de los peces. 7. Dice, pues, a Pedro el discípulo aquel a quien amaba Jesús: "El Señor es". Así pues, Simón Pedro, al oír que es el Señor, ciñó la túnica exterior, pues estaba desnudo (=con sólo la ropa interior), y se lanzó al mar. 8. Y los otros discípulos vinieron con el barco (porque no estaban lejos de tierra, sino como a doscientos codos), tirando de la red con los peces. 9. Y luego que saltaron en tierra, vieron brasas puestas, y un pececillo sobre ellas, y pan. 10. Díceles Jesús: "Traed de los peces que cogisteis ahora". 11. Subió Simón Pedro y arrastró a tierra la red llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres: y con ser tantos, no se rompió la red.*

12. *Díceles Jesús: "Venid, comed". Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: Tú, ¿quién res? Sabiendo que era el Señor.*

13. *Llega Jesús, y toma el pan y se lo da, y asimismo el pez.*

14. *Esta fue ya la tercera vez que se manifestó Jesús a sus discípulos, resucitado de entre los muertos.*

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Obstinación de Santo Tomás: benignidad de Cristo. Veracidad de los Evangelistas (XX, 24, 25).

II. Aparécese el Señor. Reprinde a Tomás. Recomienda la fe. Conservó las señales de las llagas para más claro testimonio de la resurrección (v. 26, 29).

III. Expónense los vv. 30 y 31.

IV. Aparición junto al mar de Tiberíades. Cómo los discípulos habían ya perdido el miedo. Cómo Jesucristo se humana con ellos. Diferencia del carácter de Pedro y Juan. Reverencia de los discípulos delante de Jesucristo (XXI, 1-12).

V. Excita el deseo de ver a Cristo, y para ello sufrir con generosidad todos los trabajos de la vida. El amor a Cristo suavizará todas nuestras amarguras. San Pablo: su ardiente amor de Cristo.— Cuánto daña el amor de Cristo el amor del dinero. 1) El amor del dinero trae consigo odio al prójimo

VI. 2) El amor del dinero hace abusar aun de los amigos.

VIII. 3) El amor del dinero hace a sus víctimas esclavos y guardas del mismo dinero: por eso no gozan lo que poseen y siempre recelan. ¡Cuán distinta es la tranquilidad y gozo de los buenos!

I

Cap. XX, v. 24. *Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. 25. Decíanle, pues, los otros discípulos. “Hemos visto al Señor”. Mas él dijo: “Si no viere, no creeré: y lo que sigue.*

Así como el creer simplemente y sin más arguye ligereza, así el inquirir e investigar fuera de los límites es de muy craso entendimiento. Por este motivo se acusa a Santo Tomás. Pues diciéndole los Apóstoles: *Hemos visto al Señor*, no les creyó, no tanto porque desconfiara de ellos, como porque juzgaba imposible la cosa, esto es, la resurrección de entre los muertos. Y así no dijo: No os creo a vosotros, antes bien: *Si no metiere mi mano, no creeré*. Pero ¿cómo estando los demás reunidos, falta él solo? Creíble es que después de la dispersión que tuvo lugar, él todavía no había vuelto.

Tú, en tanto, al ver al discípulo incrédulo, considera la benignidad del Señor, y cómo aun por una sola alma se muestra a sí mismo con las heridas, y se presenta para salvar a uno solo, aunque fuera más rudo que los demás. Puesto que buscaba la fe por el más craso de los sentidos (el tacto) y ni aun a los ojos daba crédito. Porque no dijo: *Si no viere*, antes bien: *Si no palpare*, no fuera que lo que veía fuese mera imaginación. Y eso que los discípulos que se lo anunciaban eran entonces dignos de crédito, y el (Señor) que lo había prometido; pero con todo, como él exigió más, ni aun de eso le privó Cristo.

Y ¿por qué no se le aparece, en seguida, sino después de ocho días? Para que en el entretanto, instruido por los discípulos y oyendo lo mismo, se inflamara con mayor deseo y se hiciera más crédulo para

lo futuro.— Y ¿de dónde sabía que (a Cristo) le fue abierto el costado? Por habérselo oído a los discípulos. ¿Cómo es, pues, que creyó lo uno y no creyó lo otro?— Porque esto (de la resurrección) eran muy extraño y maravilloso. Considera de paso el amor a la verdad de los Apóstoles, como no ocultan las debilidades, sean propias, sean de los demás (compañeros,), sino que las escriben con toda verdad.

II

Preséntase, pues, de nuevo Jesús, y no espera a ser rogado de él, ni a oír algo parecido, sino que, sin decirle el Apóstol una palabra, El mismo se le adelanta a cumplir lo que deseaba, dándoles a entender que cuando aquellas cosas decía (Tomás) a los discípulos, El estaba presente. Porque se valió de las mismas palabras, y con firme acento de reprensión y de enseñanza para lo venidero. Puesto que después de decir: 27. *Trae acá tu dedo, y mira mis manos, y mete tu mano en mi costado*, añadió: *Y no seas incrédulo, sino fiel*. ¿Ves cómo su duda provenía de incredulidad? Mas esto era antes de recibir el Espíritu Santo; pero después ya no, antes eran perfectos. Y así después que él respiró satisfecho y exclamó: 28. *¡Señor mío y Dios mío!*, le dijo: *Porque me has visto, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron*. Ya que esto es propio de la fe, admitir las cosas que no se ven. Puesto que *la fe es subsistencia de las cosas que se esperan, argumento de las que no se ven* (Hebr., XI, 1). Y aquí llama bienaventurados no sólo a los discípulos, sino también a los que después de ellos han de creer.

Ahora bien, dirás, los discípulos vieron y creyeron.— Nada de esto pretendieron ellos, sino que inmediatamente por los lienzos concluyeron la resurrección, y ya antes de ver el cuerpo tuvieron fe completa. Así, pues, cuando alguno dice ahora: “Quisiera vivir en aquellos tiempos y ver a Cristo haciendo milagros”, considere la sentencia: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron*.

Justo es también inquirir, cómo un cuerpo incorruptible mostraba las señales de los clavos, y era palabra a una mano mortal. Mas no te turbes, porque todo ello era condescendencia (de Dios). Aquel cuerpo tan ligero y tenue, que entró cerradas las puertas, estaba exento de toda erasitud: mas se muestra de aquel modo para que no se creyera la resurrección, y para que se viera que era el mismo que había sido

crucificado, y que no había resucitado otro en lugar de El. Por esto resucita con las señales de la cruz, y por esto también come. Y en efecto, los Apóstoles aducían a la continua ésta, por señal de su resurrección, diciendo: *Nosotros que con él comimos y bebimos* (Act., X, 4). Así, pues, como viéndole antes de la cruz andar sobre las olas, no por eso decimos que aquel cuerpo es de otra naturaleza, sino de la nuestra; así también al verle después de la resurrección con las cicatrices, no hemos de decir que es corruptible. Puesto que esto lo hacía por el discípulo.

III

30. *Otros muchos milagros hizo también Jesús.* Como este Evangelista (San Juan), había narrado menos que los otros, dice que tampoco los demás los dijeron todos, sino cuanto bastaba para atraer a la fe a los creyentes. Porque *si se escribieran*, dice, *todos, me parece que ni aun en el mundo cabrían los libros* (Joann., XXI, 25). Por donde es claro que lo que escribieron no lo escribieron por vanidad, sino por sola utilidad. Los que omitieron lo más, ¿cómo habían de escribir por vanidad lo que escribieron?

Pues ¿por qué razón no lo contaron todo?— Principalmente en atención a la mayoría del vulgo; y además porque pensaban que quien no creyera a lo dicho, tampoco había de creer si se contara más; y al revés, el que admitiera aquello, no necesitaría de más para la fe.

Por lo demás me parece a mí que habla aquí de los milagros de después de la resurrección: por lo cual dice: *En presencia de sus discípulos* (v. 30). Porque así como antes de la resurrección convenía que se hicieran muchos milagros para que creyeran que era Hijo de Dios; así después de la resurrección, para que creyeran que había resucitado. Por esta razón añadió: *En presencia de sus discípulos*, porque sólo con ellos conversaba después de la resurrección. Por la misma razón decía también: *El mundo ya no me ve* (Jo., XIV, 19). Y a continuación, para que veas que sólo en atención a los discípulos sucedían aquellos hechos, añadió: *Para que creyendo tengáis vida eterna en su nombre* (v. 31), hablando en general con la naturaleza, y dando a entender que no se hace beneficio a aquel en quien se cree, sino a nosotros los creyentes.— *En su nombre*, esto es, por medio de El. Pues El es la vida.

Cap. XXI, v. 1. *Después de esto, se mostró (Jesús) a sus discípulos junto al mar de Tiberíades.* ¿Ves cómo no conversa con ellos continuamente como antes? Se les apareció, en efecto, al anochecer, y se fue; luego, después de ocho días, y se fue de nuevo; luego después de esto junto al mar, y de nuevo con mucho temor.— Y ¿qué quiere decir *se mostró*?— Por aquí se echa de ver que no se le vería si no se atemperase (= si no se abajase, condescendiendo con su debilidad), porque ya su cuerpo era inmortal e incorruptible.— Y ¿por qué hizo mención de lugar? Para dar a entender que les había quitado la mayor parte del miedo, de suerte que ya salían de casa, y andaban por todas partes: pues ya no estaban en casa encerrados, sino que habían ido a Galilea, para evitar el peligro de parte de los judíos.

Salen, pues Simón a pescar. Y era natural; como ni El (Jesucristo) estaba continuamente con ellos, ni se les había dado el Espíritu Santo, ni todavía se les había encomendado nada; no teniendo otra cosas que hacer, volvieron a su oficio.

2. *Y estaban juntos Simón y Tomás y Natanael, el llamado por Felipe, y los hijos de Zebedeo, y otros dos.* No teniendo, pues, otra ocupación, fuéronse a pescar, y hacían de noche porque tenían miedo. Esto dice también San Lucas; pero no se refiere a este hecho, sino a otro. Los demás discípulos los iban siguiendo, porque estaban ya todos unidos entre sí, y porque querían ver la pesca y gozar de este recreo. Estando, pues, ellos trabajando y fatigados, preséntaselos Jesús, mas no se les manifiesta de repente, a fin de trabar conversación con ellos. Díceles, pues: 5. *¿Tenéis algo de comer?* Habla todavía a lo humano, como si quisiera comprarles algo. Como le respondieron moviendo la cabeza, que no, mandóles echar la red a la derecha; y cuando la hubieron echado, hallaron pesca. Y una vez que le reconocieron, muestran lo peculiar de su carácter los discípulos Pedro y Juan. Aquél más ardiente, éste más levantado; aquél más pronto, éste más perspicaz. Por esto Juan fue el primero en conocer a Jesús; mas Pedro el primero en llegar a El. Puesto que no eran comoquiera aquellas señales. ¿Pues qué era lo que había sucedido?— En primer lugar, el haber cogido tantos peces; después, el no haberse rasgado la red; además, el haber, antes de desembarcar, hallado las brasas preparadas, y el pez sobre ellas, y el pan. Pues no las hizo (Jesucristo) de alguna materia preexistente, como solía hacerlo antes de la cruz por dispen-

sación. Luego, pues que Pedro le reconoció, todo lo abandonó, los peces y la red, y se ciñó. ¿Ves su reverencia y su deseo? Y eso que había doscientos codos de distancia; pero ni así pudo aguantar ir en el barco a El, sino que se presentó nadando (vv. 6, 7, 8).

Y ¿qué hace Jesús? 12. *Venid*, les dice, *comed*. Y *nadie se atrevía a preguntarle*. Porque ya no tenían la misma libertad de hablar, ni la misma franqueza, ni le hacían ya preguntas, sino que con silencio y gran temor y reverencia estaban sentados atendiéndoles. *Porque sabían que “el Señor es”*. Y por eso no le preguntaban: ¿Quién eres? Y sí, por una parte, al ver la figura transformada y llena de grande majestad, estaban en gran manera atónitos y querían preguntarle algo acerca de ella; por otra, el temor, y el saber que no era otro, sino El, reprimía la pregunta, y comían silenciosos lo que El con mayor potestad había criado. Y aquí (al criar las brasas, etc.) no mira al cielo ni hace aquellas otras demostraciones humanas, dando a entender así que aun aquellas las hacía por condescendencia (no por necesidad).

Y para hacer ver que no conversaba con ellos continuamente ni lo mismo que antes, dice (el Evangelista): 14. *Esta fue la tercera vez que se les apareció, cuando resucitó de entre los muertos*. Y manda que le lleven de la comida, haciendo patente que lo que veían no era fantasma. Pero aquí no dice que comió con ellos; en cambio San Lucas dice en otra parte que *Estuvo comiendo con ellos* (Act., I, 4). El cómo no es nuestro exponerlo; pues sucedía esto de una manera muy maravillosa, no porque la naturaleza necesitara ya de alimento, sino por condescendencia, para prueba de la resurrección.

V

Quizás, al oír estas cosas, os habéis enfervorizado y habéis llamado felices a los que con El estuvieron entonces y a los que han de estar después del día de la resurrección general. Por eso hagamos cuanto podamos a fin de ver aquel rostro tan maravilloso. Que si ahora, con sólo oírlo, tanto nos enardecemos y deseamos estar en aquellos días en que vivió sobre la tierra, y oír su voz, y ver su rostro, y acercarnos a El, y tocarle, y servirle, considera qué será verle, no ya en cuerpo mortal, ni haciendo obras humanas, sino escoltado de los ángeles, inmortales también ellos, y que le están mirando y gozando de una felicidad que supera a todo discurso. Por tanto, os ruego,

hagamos todo lo posible para no perder tan grande gloria. Nada hay en ello difícil, si lo queremos: nada pesado, si ponemos atención. Porque *si sufrimos, reinaremos también con El* (2 Tim., II, 12). ¿Qué significa *si sufrimos*? Si llevamos las tribulaciones, las persecuciones, si andamos por el camino estrecho. Pues el camino estrecho es trabajoso a la naturaleza, pero se hace más suave a nuestra voluntad con la esperanza de lo futuro. *Ya que lo que aquí es para nosotros tribulación de un momento y ligera, obra en nosotros sobre todo encarecimiento y ponderación eterno peso de gloria, no atendiendo nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven* (2 Cor., IV, 17). Volvamos, pues, los ojos a los cielos, y allí tengamos siempre la fantasía, y allá miremos. Si allí vivimos siempre, no nos hará mella alguna lo dulce de esta vida, no llevaremos pesadamente lo amargo de ella: sino que de estas y de todas las demás cosas nos burlaremos, y nada habrá que nos pueda ni esclavizar ni levantar sobre nosotros, con sólo que allá dirijamos nuestros deseos, con sólo que miremos a aquel amor. Y ¿qué digo no nos entristecemos con los males presentes? Aun nos parecerá que no los vemos. Tanto como esto puede el amor. Así es que a los que amamos, aunque no estén presentes, sino ausentes, todos los días los llevamos en la imaginación. Grande es la tiranía del amor: arranca el alma de todo lo demás y la encadena con el amado. Si de este modo amáremos a Cristo, lo de esta vida nos parecerá todo sombra, todo imagen y sueño. Diremos también nosotros: *¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿La tribulación o la angustia?* (Rom., VIII, 35). No dijo la hacienda, o la riqueza, o la hermosura (que tales cosas le parecían viles y ridículas), sino que puso delante las que parecían difíciles, el hambre, las persecuciones y las muertes. Conque él aun estas cosas las despreció y escupió, como nada, y ¡nosotros por el dinero nos apartamos de nuestra Vida y nos separamos de nuestra Luz! Y mientras Pablo ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo venidero, ni otra criatura alguna antepone al amor a Cristo, nosotros, en viendo un poco de oro, nos inflamamos y pisoteamos sus leyes. Y si esto es intolerable para dicho, mucho más lo es para hecho. Ahí está lo malo, que nos horrorizamos de oírlo, y no nos horrorizamos de hacerlo, sino que fácilmente juramos y perjuramos, y robamos, y exigimos usura, y descuidamos la continencia, y dejamos la oración fervorosa, y traspasamos los más de los mandamientos, y a cuenta de lograr dinero, no hacemos caso de los que son miembros nuestros. Que quien ama el dinero, hará males sin número al prójimo,

y con él a sí mismo: pues se airará fácilmente, le insultará, le llamará loco, jurará y perjurará, y ni aun siquiera se contendrá en los límites de la antigua ley; no amará al prójimo quien ama el oro. Pero el caso es que a nosotros se nos manda amar aun a los enemigos por el reino de los cielos. Y si cumpliendo los preceptos de la antigua ley, no podremos subir al reino de los cielos, si nuestra justicia no sobreabundare sobre la de ellos (los del Antiguo Testamento) (Matth., V, 20), ¿qué defensa tendremos, si aun aquellos preceptos los traspasamos?

VI

El que ama el dinero, no sólo no amará a los enemigos, sino que aun de los amigos abusará como de enemigos. ¿Qué digo de los amigos? Aun la misma naturaleza desconocen muchas veces los amadores del dinero. El hombre de tal condición no conoce parentesco, no se acuerda de amistad, no respeta la edad, no tiene amigo alguno, con todos está en enemistad, y más que con nadie consigo mismo; no sólo porque pierde su alma, sino además porque la tiene en tensión con innumerables cuidados, trabajos y tristezas. Pues arrastrará viajes, malquerencias, peligros, asechanzas y cuanto se quiera, sólo para tener consigo la raíz de todos los males y poder contar mucho oro. ¿Qué puede haber, pues, más terrible que esta enfermedad? Porque se ve privado de todo deleite y placer —por lo que tanto pecan los hombres— y de toda gloria y honor. Pues quien ama el dinero sospecha de innumerables hombres, y tiene muchos que le acusan, le envidian, le calumnian, le acechan. Los que padecen la injusticia le aborrecen, como víctimas que son; los que no la padecen, temiendo padecerla y compadeciéndose de los que la sufren, le hacen la misma guerra, y los que son más ricos y poderosos, escociéndose y embraveciéndose a favor de los más humildes, y aun también por envidia, son enemigos de él y le aborrecen. Y ¿a qué hablar de los hombres? Si Dios mismo está con él en guerra, ¿qué esperanza le queda ya? ¿qué consuelo? ¿qué refrigerio?

VII

El que ama el dinero, nunca podrá usar de él, sino que será su esclavo y su guarda, no su señor. Porque pugnando siempre por ad-

quirir más, nunca querrá gastarlo; y se causará quebranto a sí mismo, y se hallará más pobre que todos los pobres, como quien nunca pone límite a su codicia. Ahora bien, las riquezas no se han hecho para que las custodiamos, sino para que usemos de ellas; que si las hubiéramos de sepultar para otros, ¿quién más miserable que nosotros, que corremos por todas partes anhelando abarcarlo todo, para guardarlo dentro, y luego privarnos del uso común?

Y todavía hay otra enfermedad que no es menor. Los unos lo sepultan en la tierra, y los otros en el vientre, buscando el placer y la embriaguez, proporcionándose con el pecado el castigo de la lascivia. Y unos se lo dan a los parásitos y aduladores, otros al juego y mujeres perdidas, y otros a otros gastos parecidos, abriéndose infinitos caminos que los lleven al infierno, y dejando el recto y establecido que conduce al cielo. Y eso que en éste no sólo hay utilidad, sino también mayor placer que en todo lo dicho. Pues quien da a mujeres perdidas será objeto de risa y oprobio y tendrá muchos enemigos y breve placer; y ni aun breve, pues de cuanto a ellas diere nada le agradecerán. Porque *tinaja barrenada es la casa de prostitución* (Prov., XXIII, 27). Fuera de que su naturaleza es petulante, y Salomón comparó su amor con el infierno; y no cesa hasta que ve al amador privado de todo, y ni aun entonces cesa, sino que se atavía más, e insulta al caído y promueve gran risa contra él, y le infiere tantos males, que no es posible exponerlos de palabra.

No es así el deleite de los que se salvan; porque aquí no tiene uno rival, antes todos se alegran y se regocijan, tanto los que tienen su bienestar, como los que lo contemplan. Ni la ira, ni la tristeza, ni la vergüenza, ni el oprobio tiene en asedio su alma; antes bien, grande es la alegría de su conciencia, grande la esperanza de lo venidero, espléndida la gloria, mucho el resplandor, y mayor que todo la bienquerencia de Dios y la seguridad; nada de precipicios, nada de sospechas, antes todo es puerto sin olas y serena tranquilidad.

Considerando, pues, todo estoy comparando deleite con deleite, elijamos el que es mejor, para que alcancemos también los bienes venideros, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXXXVIII

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. XXI, v. 15. Cuando hubieron, pues, comido, dice Jesús a Simón Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?” Dícele: “Sí Señor, tú sabes que te amo”. Le dice: “Apacienta mis corderos”.

16. Le dice de nuevo segunda vez: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?”. Dícele: “Sí, Señor, tú sabes que te amo”. Dícele: “Apacienta mis corderos”.

17. Le dice por tercera vez: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” Entristeciéndose Pedro, porque le dijo tercera vez: “¿Me amas?”, y le respondió: “Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo”. Le dice: “Apacienta mis ovejas”.

18. “En verdad, en verdad te digo, cuando eras más joven, te ceñías a ti mismo, e ibas adonde querías; pero cuando hayas envejecido, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieres”.

19. Y esto dijo, señalando con qué género de muerte había de glorificar a Dios. Y habiendo dicho esto, le dice: “Sígueme”. 20. volviéndose Pedro, ve que le sigue el discípulo a quien Jesús amaba y que en la cena se recostó en su pecho y le había dicho: “Señor, ¿quién es el que te hace traición?” 21. Viendo, pues, a éste Pedro, dice a Jesús: “Señor, y éste ¿qué?” 22. Dícele Jesús: “Si quiero que permanezca hasta que Yo venga, ¿qué se te da a tí? Tú sígueme”. 23. Salió, pues, este rumor entre los hermanos, que aquel discípulo no muere; y no le dijo Jesús que no muere, sino: “Si quiero que permanezca hasta que Yo venga, ¿qué se te da a tí?”

24. Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas y las escribió: y sabemos que es verdadero su testimonio.

25. Hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, que si se escribiesen una por una, creo que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. El amor del prójimo nos concilia la benevolencia de Dios. Por eso Cristo Nuestro Señor lo requiere en San Pedro (vv. 15-18).

El Señor predice a Pedro su martirio: así nos daba un dechado de amor, y le premiaba sus deseos de morir por El. Las palabras: *Te llevará adonde no quieres*, significa la repugnancia de la naturaleza. Otras particularidades del v. 18: añádesse la explicación del v. 19.

II. Confianza de Pedro con el Señor, y amor que tenía a Juan, por cuya suerte pregunta (20, 21). Respuesta de Cristo, en que nos enseña a enviar la solicitud superflua (v. 22).

III. Humildad y sinceridad del Evangelista. Cómo, pudiendo contar cosas muy gloriosas, cuenta otras de desprecio. El Evangelista aduce su propio testimonio, como desafiando a que se averiguen los hechos (vv. 23, 24, 25).

IV. Investiguemos el Evangelio, y dejemos a un lado los cuidados de este siglo, que no son sino espinas, al mismo tiempo infructuosas y punzantes. Placer del que obra bien (v. gr., del que da limosna); pesadumbre del que peca (v. gr., del avaro).

Cap. XXI, v. 15. *Cuando hubieron, pues, comido, dice Jesús a Simón Pedro: "Simón [hijo] de Jonás, ¿me amas más que éstos?" Dícele: "Sí, Señor, tu sabes que te amo".*

Muchas otras cosas hay que nos pueden proporcionar confianza con Dios y hacernos gloriosos y bien quistos; pero lo que más que nada nos logra la benevolencia divina es el cuidado del prójimo; y esto es precisamente lo que Cristo exige a Pedro. Y así, cuando hubieron terminado la comida, 15, dice Jesús a Simón Pedro: "*Simón de Jonás, ¿me amas más que éstos?*" Dícele: "*Sí, Señor, tú sabes que te amo*". Le dice: *Apacienta mis corderos*". Y ¿cómo es que, dejando a los otros, habla con él (con Pedro) sobre este asunto?— Es que era eximio entre los Apóstoles, y boca de los discípulos, y cabeza de aquel coro: y por eso también Pablo, fue para conocerle a él con preferencia a los otros (Gal., I, 18). Además, para hacerle ver que ya, borrada la negación, debían confiar, le encarga la presidencia sobre los hermanos. De la negación no le dice nada, ni le echa en cara el suceso: sino que le dice: "*Si me amas, preside a los hermanos: y aquel amor que siempre mostraste y en el que te gloriabas, muéstrale ahora; y esa vida que decías que ibas a darla por Mí, dala ahora por mis ovejas*". Ya, pues, que preguntado primera y segunda vez, invocó por testigo a El mismo, como a sabedor de lo oculto de los corazones, todavía fue preguntado por tercera vez, y se turbó, temiendo de nuevo lo mismo de antes (ya que entonces se había afirmado en sus palabras y después se vio cogido): por esta razón acude a El de nuevo. Pues el decir: 17. *Tú lo sabes todo*, significa lo presente y lo venidero. ¿Ves cuánto mejor y más cauto se hizo no atreviéndose ya a envalentonarse y contradecir? Por eso se turbó. "*No sea que creyendo yo que le amo, no le ame; como me pasó antes, que creyendo de mí grandes cosas, y afianzándome en ello, después salí frustrado*".— Tres veces le pregunta (el Señor) y tres veces le manda lo mismo, declarando así cuánto estima el estar al frente de sus ovejas, y que esta es la mayor señal del amor que se le tiene. Y después de haberle hablado del amor a El, le predice también el martirio que había de sufrir, descubriendo en ello que no le dijo lo que había dicho desconfiando en él, sino antes confiando mucho.

Y queriendo mostrar un dechado de amor para con El, y enseñarnos de qué manera singularmente le hemos de amar, dice: 18. *Cuando*

era más joven, te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando hayas envejecido [*extenderás tus manos*] y otros [*otro*] te ceñirán y te llevarán adonde no quieres.— Pero, ¡si lo quería y lo deseaba! y por eso se lo descubría El. Pues como tantas veces repetía: *Mi vida daré por ti*. (Joan., XIII, 37), y *aunque me sea preciso morir contigo, no te negaré* (Matth., XXVI, 25), le concedió sus deseos. Luego ¿qué significa: *Adonde tú no quieres*? Habla del sentimiento de la naturaleza y de la violencia de la carne, y de que el alma se arranca del cuerpo contra su voluntad. De suerte que aunque la voluntad estaba firme, con todo, aun así la naturaleza flaqueaba. Porque nadie deja el cuerpo sin dolor, ordenándolo así Dios convenientemente, como antes dije, para que no hubiera muchas muertes violentas. Si aun en este estado de cosas ha sido Satanás poderoso para lograrlo y conducir a innumerables hombres a los precipicios y derrumbaderos, fácilmente si no hubiera en el alma tan grande deseo del cuerpo, aun por una tristeza de poco momento se lanzarían muchos al suicidio.— Así, pues, las palabras *Adonde no quieres*, indican el sentimiento natural. Pero ¿cómo habiendo dicho: *Cuando eras joven*, dice después: *Cuando hayas envejecido*? Con esto da a entender que entonces no era joven, como, en efecto, no lo era; ni tampoco viejo, sino varón perfecto.— Y ¿por qué le recordó la vida pasada? Para hacer ver que así son sus cosas ²⁵; porque en las cosas humanas el joven es útil, y el viejo inútil; pero en las mías, dice, no es así; antes bien, después de haber sobrevenido la vejez, entonces es la fortaleza más espléndida, el valor más ilustre, sin recibir menoscabo por la edad. Y esto se lo decía, no para atterrarle, sino para levantarle; pues conocía bien su deseo, y que estaba con ansias de esta gloria. Y al mismo tiempo le descubre el género de muerte. Porque como Pedro quería siempre hallarse en los peligros por el: “Confía, le dice, que de tal manera llenaré tus deseos, que no padeciste de joven, lo padezcas de viejo”. Y a continuación el Evangelista, llamando la atención del oyente, añadió, 19. *Y esto lo decía, dando a entender con qué muerte glorificaría a Dios*. No dijo *Moriría*, sino *Glorificaría a Dios*, para que aprendas que el padecer por Cristo es gloria y honor del que padece.

Y habiendo dicho esto, le dice: “Sígueme”. Por aquí se deja entrever de nuevo la providencia que de él tiene, y cuán íntimamente unido le estaba. Y si alguien dijere: ¿Pues cómo es que Santiago recibió la cátedra de Jerusalén?, le responderé que a éste (a Pedro) no le escogió para maestro de una cátedra, sino de todo el mundo.

II

20. *Volviéndose, pues Pedro, ve que le sigue el discípulo a quien Jesús amaba, y en la cena se recostó en su pecho, y dice: “Señor, ¿y éste, qué?”* ¿Por qué causa nos recuerda lo de haberse recostado? No sin motivo y sin más ni más, sino para hacer ver cuán grande confianza tenía Pedro después de la negación. Porque al que antes no se atrevía a preguntar, sino que encargaba de hacerlo a otro, a él se le encomendó aun la primacía de sus hermanos. Y ya no sólo le encomienda a otros sus cosas propias, sino que él dirige a su Maestro una pregunta acerca de otro; y mientras Juan calla, él habla. Aquí muestra además el amor que le tenía; pues, en efecto, amaba muchísimo Pedro a Juan; y se ve también por todo lo que siguió; y en todo el Evangelio se echa de ver el lazo que los estrechaba, como también en los Hechos de los Apóstoles. Como le había, pues, predicho grandes cosas, y encargado de toda la tierra; y profetizado el martirio, y atestiguado su amor mayor que el de los demás, queriendo Pedro tenerle también por compañero, dice: *¿Y éste, qué?* ¿No andaré el mismo camino que yo? Y así como en otro tiempo, no pudiendo preguntar, le puso por intermediario, así ahora, pagándole la vez, y juzgando que él quería preguntar acerca de sí, pero que no se atrevía, él tomó a su cargo la pregunta. Y ¿qué responde Cristo? 22. *Si quiero que permanezca hasta que Yo venga, ¿que se te da a ti?* Como le hablaba con mucha solicitud, y como quien no quería separarse de él (de Juan), Cristo, haciéndole ver que por mucho que él amase a Juan, no se aventajaría al amor que El le tenía, le dice: *Si quiero que permanezca hasta que venga, ¿a ti qué?* Enseñándonos con esto a no estar con inquietudes ni preocupados de nada, fuera de los límites que El quiere. Y así, como Pedro era siempre ardiente y saltaba a hacer semejantes preguntas, le dice estas palabras, cortando otra vez su ardimiento, y amaestrándole a no inquirir más con solicitud.

III

23. *Salió, pues, este rumor entre los hermanos (o bien entre los discípulos), que aquél (discípulo) no muere. Y no dijo Jesús: No muere, sino: “Si quiero que permanezca hasta que venga, ¿a ti, qué?”* Era decir: No vayáis a creer que Yo ordeno vuestras cosas de una sola

manera". Y esto lo hacía (Jesucristo) por causa de la intempestiva simpatía que tenía el uno con el otro. Pues como habían de recibir el encargo de todo el mundo, no convenía ya que estuvieran ligados el uno al otro; que sería gran daño para la tierra. Por eso le dice: Tú ya tienes tu encargo, mira por él, cúmplole, trabaja, lucha. ¿Qué a ti, si Yo quiero que él permanezca aquí? Tú mira por lo tuyo y cuida de ello.

Más tú ahora considera aquí cuán sin arrogancia es el Evangelista. Porque habiendo contado la opinión de los discípulos, la corrige, como propia de quienes no habían comprendido lo que (Jesús) había dicho. *No dijo Jesús: No muere, sino : Si quiero que él permanezca.* 24. *Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y las escribió; y sabemos que es verdadero su testimonio.* Cómo es que, no habiéndolo ninguno de los otros, sólo este discípulo habla de esta manera, y lo hace por dos veces, dando testimonio de sí mismo, y como quien sale al encuentro a los oyentes? ¿Cuál es la causa? Dícese que él fue el último que escribió, habiéndole Dios (Cristo) movido e impulsado a ello; por esta razón continuamente hace ver su amor, dando a entender que causa le excitó a escribir. Por eso continuamente hace mención de él, conciliando crédito a sus palabras, y haciendo ver que se puso a escribir movido de esta causa. Y se yo, dice, que es verdad lo que cuenta; y si muchos no creyeren, pueden creer aun por este motivo. ¿Por qué motivo?— Por lo que a continuación se dice: 25. *Porque hay también, dice, muchas otras cosas que hizo Jesús; que si se escribiesen una por una, creo que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir.* Por donde es claro que yo no he escrito para complacer.— Y es así, que si yo, habiendo cosas tan grandes, no conté de ellas ni siquiera tanto como los demás, sino que por la mayor parte las dejé, y en cambio puse delante las asechanzas de los judíos, las pedreas, el odio, los ultrajes y calumnias, o hice ver cómo le llamaban endemoniado y falsario, está bien patente que no trato de conciliarme benevolencia; pues quien tal intentara, debería seguir rumbo contrario, callando lo injurioso y descubriendo lo ilustre. De ahí que, como escribió lo que escribió con plena certidumbre, no rehusa apelar a su propio testimonio. Y si nosotros lo hacemos, mucho mas aquel, que escribía movido del Espíritu Santo; lo mismo que también los otros Apóstoles, predicando, decían: *Nosotros somos testigos de lo que decimos, y también el Espíritu Santo, que El dio a los que le obedecen* (Act., V, 32). El había estado presente a todo: en

la cruz no le abandonó, recibió en encomienda su Madre; que todas eran señales del amor que le tenía, y de que todo lo sabía con exactitud. Y si dijo que se obraron tantos milagros, no te admires; antes considerando el inefable poder del que los obraba, recibe con fe lo que se te cuenta; pues tan fácil como a nosotros nos es el hablar, tanto, o por mejor decir, mucho más fácil aún, le era a El el obrar lo que quería: bastaba que lo quisiese, y todo seguía su arbitrio.

IV

Atendamos, pues, con diligencia a lo dicho, y no cesemos de interpretar e investigarlo; porque de este continuo manejo y trato se nos sigue utilidad. Así podremos purificar nuestra vida, así lograremos cortar las espinas. El pecado y los cuidados del siglo son cosa infructuosa y dolorosa a la vez. Y así como la espina, por dondequiera que se la tenga, punza al que la tiene, así también las cosas mundanas, por dondequiera que se cojan, causan pena al que las estrecha y fomenta. No así las cosas espirituales, antes se parece a una piedra preciosa, que comoquiera que se la vuelva, siempre deleita los ojos. Ahí va un ejemplo: Ha hecho uno limosna: pues bien, no sólo se deleita con la esperanza de lo venidero, sino que se recrea con los bienes de aquí, lleno siempre de grande confianza y con mucha libertad de corazón.— Ha vencido una mala concupiscencia; pues ya antes del reino de los cielos recibe aquí el fruto, alabado y admirado, más que por otro alguno, por su propia conciencia.— Y así son cada una de las demás buenas obras. Como al contrario las malas, ya, antes del infierno, atormentan aquí la conciencia. Y si, después de pecar, piensas en lo futuro, estás temeroso y temblando, aun sin que otro te castigue, y si en lo presente, tiene muchos enemigos y vives con sospecha, y ya ni te atreves a mirar de frente a aquellos que te hicieron daño, y lo que es más, a los que no te dañaron. Y no es tanto el placer como el tormento que en pago recibimos: mientras la conciencia alza el grito, los hombres nos condenan, Dios está irritado, el infierno ansía tragarnos, y nuestros pensamientos no tienen reposo.

Grave, en efecto, grave y pesadísimo, y más abrumador que el plomo es el pecado. El que lo siente, ni de alzar la vista es capaz, por más insensible que sea. Así Acab, por más que era muy impío, como lo sentía en sí, andaba cabizbajo, lleno de quebranto y miserable (3

Reg., XXI, 27). Por eso rodeóse de un saco y derramaba fuentes de lágrimas.

Si esto hiciéremos también nosotros, y lloráremos como él, nos despojaremos de nuestros delitos como Zaqueo, y alcanzaremos indulgencia. Así como en los tumores y fístulas, si primero no se detiene el humor que está fluyendo y afecta a la herida, por muchos remedios que se apliquen serán todos inútiles, mientras no se reprima la fuente del mal; así también nosotros, si primero no nos abstenemos de la avaricia y reprimimos esta maldito flujo, aunque demos limosna, lo haremos todo en vano. Porque lo que ella curare, lo destruye y echa a perder la avaricia que viene encima y empeora la llaga.

Cesemos, pues, de quitar, y entonces hagamos limosna. Si nos echamos voluntariamente a los precipicios, ¿cómo podremos respirar? Si uno tira de la parte de arriba al que va a caer —que es lo que hace la limosna— y otro por la parte de abajo le empuja con violencia, no se seguirá otra cosa de esta contienda sino que el hombre se descuartice. Para que esto no nos suceda, ni cuando nos tira abajo la codicia nos deje la limosna y se vaya, aligeremos nuestro peso y volem, para que, libres de los males y perfeccionados por la eficacia de las obras buenas, alcancemos los bienes eternos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea el Padre, juntamente con el Espíritu Santo, gloria, poder y honor ahora y siempre y por lo siglos de los siglos. Amén.

INDICE

HOMILIA IX. S. Juan 1, v. 11. A lo suyo vino y los suyos no le recibieron	3
HOMILIA XII. S. Juan 1, v. 14. Y vimos su gloria, gloria como de Unigénito del Padre	15
HOMILIA XIV. S. Juan 1, v. 16. Y de su plenitud todos re- cibimos gracia por gracia	23
HOMILIA XV. S. Juan 1, v. 18. A Dios nadie le vio jamás; el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre, El mis- mo lo ha declarado	31
HOMILIA XXII. S. Juan 2, v. 4. Y Jesús dijo: "¿Qué a mí y a ti mujer? Aun no ha llegado mi hora"	39
HOMILIA XXXV. S. Juan 4, v. 40-53. Pues como vinieron los samaritanos, le rogaban que se quedase con ellos	47
HOMILIA XLII. ... S. Juan 6, 1-15. La multiplicación de los cinco panes y dos peces	57
HOMILIA XLVI. S. Juan 6, 41-54. Jesús es el Pan de vida .	67
HOMILIA LIV. S. Juan 8, 31-47. Los que son de Dios oyen'la palabra de Dios	76
HOMILIA LV. S. Juan 8, 48-59. Jesús es anterior a Abra- ham	85
HOMILIA LX. S. Juan 10, 14-21. El buen pastor	92
HOMILIA LXXVII. S. Juan 15, 11-27. Si el mundo os abo- rrece, antes que a vosotros me ha aborrecido a mí	105
HOMILIA LXXVIII. S. Juan 16, 4-15. Os conviene que Yo me vaya... Yo os enviaré al Paráclito	116
HOMILIA LXXXVI. S. Juan 20, 10-22. Primera aparición de Jesús resucitado	126
HOMILIA LXXXVII. S. Juan 20, 24-14 y 21, 1-14. Otras apariciones apariciones de Jesús resucitado	135
HOMILIA LXXXVIII. S. Juan 21, 15-25. Jesús nombra a Pedro Pastor Supremo de la Iglesia	144